

La visita fué el antecedente de la crónica. En ellas se combinaban y comentaban los saraos, se recordaba el santo de la Condesa, las misas por el alma del Conde y el último vestido de malacoff que la niña recibió de París de Francia. La aristocracia colonial criolla mantenía un círculo cerrado, sin tangencias con la población burocrática, artesana o esclava, que bullía en torno, y conservando dentro de él aquel aire y aquellos humos con que la de Monpox—según nos ha contado la feliz memoria del doctor Zayas,—le devolvió a Luis Felipe de Orleans, por medio de su mayordomo social, las onzas que el príncipe quiso devolverle con su propio mayordomo, al advenir al trono.

Esto sólo podía suceder en la prehistoria de la crónica. El viernes continuaremos con la historia.

**G L O S A S**

**Servicio de**  
**Improvisación**

*June 12 / 37*  
*Paris*

**Por Jorge Mañach**

**D**URANTE la Colonia, la clase cubana dirigente en lo económico y social era una minoría exigua, a la que le bastaba y sobraba con el visiteo para mantener su comunicación y cohesión.

La independencia ocasionó el desplazamiento de esa minoría. Movilizadas para y por la guerra las clases subordinadas de la población cubana, nuestra vida cobró en el 98 un marcado sesgo democrático. La fórmula de Martí—"la República con todos y para todos"—fué la consigna social de un nuevo tiempo, en que el poder político fué transferido a la masa, si no de un modo directo, por medio de sus coeficientes, los caudillos. A una minoría rectora fundada sobre el privilegio económico y en parte también sobre el privilegio de casta, sucedió otra, más numerosa, de procedencia popular. A la pseudo-nobleza colonial, la pseudo-burguesía republicana.

Este estado de hecho, legitimando ya en derecho político, necesitaba convalidarse también en derecho "social", tomada esta palabra en su sentido menos lato. Es decir, el hombre que mandaba en las oficinas necesitaba recibir también la alternativa de los salones. Y no sólo él, claro está, sino toda aquella parte, antes innominada, de la población cubana, que con la independencia había sido promovida a ciertos niveles de representación. Un nuevo elemento había entrado en la efectiva vida social, y ese elemento necesitaba que se le reconociese su personalidad, su peso, su influencia. Por su mayor número, por su falta de tradiciones urbanas y también porque ya el tono de la vida común se había hecho, desde fines del siglo, menos ritual y sedentario, no podía a ese nuevo elemento bastarle, para su comunicación y conocimiento, el viejo sistema del visiteo. Se hacía necesario un aglutinante distinto, un nuevo órgano, más comprensivo y flexible. Ese órgano fué la prensa nueva en general, y dentro de ella, en particular, la crónica.

¿No es significativo el hecho de que la crónica naciera entre nosotros precisamente en los momentos en que se iniciaba esa promoción de las clases populares? Todavía en los tiempos autonomistas de "El Figaro", la crónica de salones estaba muy regida por el espíritu excluyente, como que aún no había sido desplazada del todo la vieja minoría linajuda y propietaria de ingenios. Pero ya en ese mismo deseo de publicidad se evidenciaba el temor de un desplazamiento. Las gentes "bien" del patio criollo, juzgaban ya necesario recordarse mutuamente quiénes



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

7

54  
66

formaban el círculo selecto, porque en torno a él se sentía ya la presión de los innominados, junto con aquel rumor del subsuelo que percibía el oído milagroso de Martí.

Con la república, el círculo se rindió, y vino la invasión. La crónica, entonces, se tornó francamente inclusiva, hospitalaria. Era parte de una prensa jubilosamente democrática, y sentía como tal la necesidad de allanarle a la muchedumbre apoderada el acceso de los salones. Esa muchedumbre estaba compuesta de todas aquellas gentes a quienes la nueva orientación política, económica y hasta psicológica había dotado de oportunidades. La Historia enseña que, en estas transformaciones, el elemento de ocupación aspira siempre a adoptar los modos de la clase dominante despazada, tan pronto como se serena el turbión. Añádase a eso que la nueva burguesía de tipo popular necesitaba conocerse y cohesionarse, hacer su propia estadística, sentir su peso, ver reconocido su derecho a la saloniá. La crónica sirvió a ese menester histórico.

Lo sirvió con todo lo que esa servidumbre implicaba. Acatamiento del número. Redención del anónimo social. Obsequiosidad suma. Individualismo. Improvisación. Mientras más se reflexiona, más se encuentra en esta última palabra la clave de toda nuestra primera época republicana. Fué la época de la improvisación en todo. La República misma, ganada en treinta años de luchas y dolores, se logró bruscamente por la ingerencia decisiva del yanqui. Hubo entonces que improvisarlo todo: el Estado, el gobierno, los partidos, la cultura, la vida social. Y todo lo de entonces lleva el sello de una prisa jubilosa, de unos criterios sin afinar ni afirmar: el sello de lo provisional y del "poco más o menos".

Condenar semejante trance sería poner de manifiesto un lamentable idealismo. Las cosas no pasan en la historia como quisiéramos que pasasen, sino como tienen que pasar. Frente a la realidad no cabe sino una actitud: la de aceptarla y comprenderla. Además, ese momento de emergencia del individuo innominado y de improvisación de las formas públicas era, no sólo inevitable, sino también deseable. No se entra en la vida histórica propia sino por la vía de los recuentos y de los tanteos. La jerarquía y la estructuración vienen después.

Durante estos treinta años de República, la crónica ha tenido que ser lo que ha sido—casa abierta a todas, o a casi todas, las aspiraciones de beligerancia suscitadas por nuestra semidemocracia. Colección más que selección. Tarea de incluir, más que de segregar. La vaga conciencia del servicio de relaciones interiores que le incumbía prestar, se ha visto fortalecida en ese sentido de inclusión por la tendencia igualadora, emparejadora que es tan típica de nuestro carácter.

Pero éso y algo más lo dejaremos para otro día.

## G L O S A S

# CRONICA y LOTERIA

*Para* *Julian*  
**Por Jorge Mañach**

**E**N la última de estas divagaciones sobre la crónica social, que ya tocan a su fin, aventuré una justificación histórica de esas columnas hospitalarias y piropas. Después de la independencia, en la fase inevitable de Improvisación por que tuvo que pasar la vida cubana, la Crónica sirvió a la necesidad de dar a conocer y de relacionar entre sí a una nueva clase dirigente, mucho más numerosa que la antigua pseudo-aristocracia colonial. Quien imagine que esa explicación es demasiado recóndita, o "ida a buscar", olvida que las mutaciones sociales y políticas,

*Quint* 12/32